

Algunos hechos de la historia de la sal

Es la única roca consumida por el hombre. No solo aporta sabor, sino que también conserva. Representa la sabiduría, sella amistades, ratifica contratos, protege frente a la mala suerte. La sal, porque hablamos de ella, es un poderoso símbolo, tiene también numerosas aplicaciones prácticas y puede decirse sin lugar a dudas que es una sustancia imprescindible para la vida.

Los romanos decían «amantes amentes», es decir, «amantes dementes», mientras que definían a un hombre enamorado con la palabra «salax», es decir, salado. Los antiguos conquistadores esparcían sal sobre las ruinas de las ciudades para tener la seguridad de que nunca más serían reconstruidas. También se echaba sal en el escenario en el teatro tradicional japonés, algo que debía proteger a los actores de los malos espíritus.

La sal simboliza la durabilidad, por ese motivo realza la naturaleza eterna de la alianza de los hombres con Dios. El Libro de los Números dice: «Esta será una alianza de sal para ti y tu descendencia, delante del Señor», mientras que en el Primer Libro de las Crónicas leemos: «El Dios de Israel ha dado a David y a sus hijos el reino de Israel para siempre, por medio de una alianza de sal». Los soldados hindúes juraban lealtad a los ingleses precisamente con sal.

En Europa la tradición mandaba colocar a los recién nacidos una pizca de sal en la lengua. Cuando se prohibió esta práctica, los padres cautelosos colocaban algo de sal en la cuna del niño, convencidos de que de esta forma lo protegían del mal.

En la mesa de los reyes franceses se colocaba un *nef*, es decir, una costosa vasija llena de sal. La sal colocada delante del soberano representaba su salud y, por lo tanto, la salud, la prosperidad y la estabilidad del reino.

La sal tenía un gran valor, se la llamaba el oro blanco. Por lo tanto, no es de extrañar que si se derramaba anunciase algo malo. Del poder de la sal da fe una advertencia de un libro de derecho judío procedente del siglo XVI: La sal podía tocarse únicamente con los dos dedos medios.

La sal absorbe la humedad, en la que se desarrollan los microorganismos, acaba con las bacterias. Gracias a sus propiedades conservantes los hombres pudieron almacenar durante más tiempo los alimentos: los antiguos egipcios utilizaban la sal para conservar peces y aves. De manera similar los celtas descubrieron el jamón. El hombre la Edad Media se agasajaba con bacalao y arenques salados, floreció el comercio de bienes salados, que permitieron salvarse del hambre y soportar más de un asedio durante la guerra. Los barriles con pescado se encontraban con toda seguridad en las bodegas de los navíos que emprendían viajes durante el Renacimiento en búsqueda de nuevas tierras.

El cloruro de sodio resultó ser imprescindible en el proceso de obtención del valioso colorante llamado púrpura. Los agricultores europeos se dieron cuenta de que el cornezuelo no atacaba al grano mojado en salmuera. La sal se utilizaba para curtir pieles, limpiar chimeneas, soldar tuberías, esmaltar cerámica. Los médicos empleaban la sal como remedio para el dolor de dientes y para la indigestión, así como para luchar contra la «lentitud mental».